El castillo de Saint-Sauveur hallábase ya por completo amueblado, y Luisa, al dirigir la instalación, había dado muestras una vez más de su refinado gusto. Sólo que, influída tal vez por el estado de su espiritu, había prescindido de toda suntuosidad, que antes era tanto de su agrado, y había adoptado una fria sobriedad hasta en los menores detalles del mueblaje, cuyo severo aspecto contrastaba, como es lógico, con el elegante y caprichoso mobiliario de su casa de Paris. David no hizo la menor observación; pero hallábase más á su gusto en medio de la severidad del castillo de Saint-Sauveur, que entre la rebuscada elegancia del hotel de la calle de Lisboa.

Habitaba Herbelin una de las alas del primer piso, y Luisa y Cecilia ocupaban la del otro extremo. Cuando se hallaban todos reunidos, el marido y la mujer esforzábanse en encontrar motivo de conversación, que pudiera alejar toda sospecha en Cecilla sobre el verdadero estado de sus relaciones. Facilitaba, además, este respetable engaño, la gran libertad de que se goza en el campo, pues la niña, cuando no se hallaba en el parque ó en la pradera, hallábase en su pequeño jardin de la fábrica, y no tenía, por lo tanto, ni tiempo, ni deseos de observar lo que pasaba en su derredor. Aquella existencia al aire libre produjo el más excelente efecto en ella, pues se iba desarrollando por momentos.

Pocos días después de llegar al castillo había Cecilia preguntado á su padre:

-¿Di, por qué hemos salido de Paris?

-¡Lo sientes?-preguntó Herbelin.

—Yo nó, al contrario. Me gusta mucho el campo, pero como á mamá la gustaba tanto aquéllo, no sé como va á acostumbrarse á este género de vida

-Pues mira, precisamente hemos venido aqui por su causa.

El médico la ha recomendado la tranquilidad, el aire libre...

-¡Cómo! ¿Está enferma?

-Enferma no, pero si un poco delicada...

-Vamos, si; por eso sin duda, su humor no es el mismo de antes.

-Justamente, por eso.

—¡Tonta de mil ¡Y yo, que se lo reprochaba y hasta me he quejado á ti tantas veces!... Ahora veo que he hecho mal, muy mal.

-Pues nada, hija mía, ahora es preciso que obtengas su perdón mostrándote con ella más dulce y más cariñosa que antes.

-Te lo prometo... ¡Ya lo creo!

Estas fueron las únicas explicaciones que mediaron sobre tan brusco y repentino viaje, procurando David al propio tiempo, con la exquisita delicadeza que constituía el fondo de su carácter, hacer resaltar en provecho de Luisa, el cambio observado en esta última, y de no atraerse todo el cariño de Cecilia al no dar lógico origen al sombrio mal humor de su madre. No ignoraba, sin embargo, que habría de llegar un momento, el más terrible de todos, en que aquella pobre niña tendría que decidirse á preferir á uno de los dos, y esto no

obstante, en vez de preparar su triunfo, hacía todo género de esfuerzos para presentar bajo un aspecto interesante, á aquella misma, que quizás en época no lejana llegaría á disputarle el amor de su hija. Después de todo, en el fondo del corazón de aquel hombre, existía siempre una arraigada ternura hacía la mujer culpable.

Todo cuanto su dignidad ofendida le había ordenado hacer, habíalo llevado á cabo, pues después de los sufrimientos, lágrimas, denuestos y hasta brutales agresiones por su parte en los primeros momentos de su desgracia, vivía separado de Luisa, aunque bajo el mismo techo, aguardando la eterna separación á contar desde el día siguiente al en que Cecilia, que contaba ya diez y seis años, contrajese matrimonio. ¡Pobre Herbelin! Por más que hacía, érale imposible alejar de su espiritu el momento aquél, en que forzosamente tendria que ver salir para siempre de su casa, al sér que por completo le había llenado con su presencia.

Ocupábase ya de aquel acontecimiento, esto es, del futuro matrimonio de su hija con la más sabia previsión, por lo cual y teniendo en cuenta que trataba de hallar para Cecilia un marido que le inspirase absoluta confianza, habíase puesto de acuerdo con Pérignon para llevar á cabo un proyecto, que ofrecia ya todas las apariencias de verse coronado por el más feliz de los éxitos. El coronel, que como ya es sabido, permanecia soltero, y dueño á la vez de una muy regular fortuna, había concentrado todo su afecto en un sobrino suyo llamado Raoul, excelente muchacho al cual había

educado y que debía de ser su heredero. Hacia ya, pues, largo tiempo que el coronel había hecho a David la siguiente proposición:

—Si te parece, casaremos á estos chicos cuando llegue el momento oportuno. ¡Qué diablo! Ya que juntos hemos comenzado á gozar de la existencia, justo es que continuemos unidos hasta el fin.

Aceptó gustoso Herbelin, y crecieron ambos jóvenes unidos por la más cariñosa amistad, sin que jamás se les hubiese dicho la menor palabra sobre el porvenir que se les tenía reservado. Veíanse con verdadero placer, se tuteaban y existía entre ellos deliciosa armonía, sin que por eso mediase la más leve demostración que pudiera dar á sospechar un sentimiento superior al que revela una buena y encantadora amistad. Disputaban también algunas veces, pues Raoul, que poseía clarísimo talento, era á la vez tan bromista y burlón, como Cecilia, llevada de su natural sencillez, poco aficionada á bromas ni á burlas. De aquí que aquello fuese un continuo hacer y deshacer las paces.

Poco tiempo después del desastre ocurrido, Herbelin, guiado por la más sana rectitud, juzgó que era necesario devolver á Pérignon la palabra empeñada, dado que la situación había llegado á ser lo suficiente grave para poder legitimar los concebidos proyectos, y deseando sobre todo, saber lo que sobre el particular pensaba su amigo.

Pero no bien habo pronunciado las primeras palabras, le interrumpió el coronel diciendo:

-¿Puede saberse, amigo David, por quién me tomas? Te advierto que tus dudas me ofenden. ¿Cómo demonios puedes imaginarte que haya podido cambiar de idea ni que te quiera por lo tanto menos de lo que antes te quería? Porque ha pasado... lo que ha pasado, será por eso Cecilia menos bonita ni menos bien educada?... No. ¿No es verdad?... Pues entonces ¿á qué viene todo eso?

—Viene, querido amigo, á que Cecilia tiene un padre y una madre que vivirán separados desde el momento mismo en que su hija contraiga matrimonio; y aunque bajo el punto de vista material eso no pueda alterar gran cosa su situación, bajo el punto de vista moral, puede acarrear en cambio, gravisimos inconvenientes. Es tan lógico como justo que hablemos de asuntotanimportante.

-Hablemos... Pero conste que es tan solo por-

que tú así lo deseas, pues yo...

—Te haré observar que no eres tú solo quien debe decidir. Quien se casa es tu sobrino y no tú: conviene por lo tanto que conozca tus propósitos y es asimismo necesario abrirle los ojos...

-En lo que respecta á hacerle conocer mis propósitos, sea en buen hora, pero en lo de abrirle

los ojos... es inútil. Sabe ya lo bastante.

Las mejillas de Herbelin se colorearon vivamente. Nunca se había presentado para él la ocasión, de un modo tan directo, de sentirse entre las garas de la opinión pública. ¿Es decir que Raoul, y con éste, gran parte de la sociedad en que él había vivido, se hallaban al corriente de su infortunio?... El primero, seguramente le compadecería, pero los otros... ¡Los otros, cuánto no se habrían mofado de él!

—Sin embargo, dijo, es indispensable que le comuniques tus deseos y que él á su vez, te diga cuáles son sus pensamientos sobre el particular..

—Pues, mira, esta noche sin ir más lejos. Precisamente comeremos juntos y á los postres le ofreceré ese casamiento al propio tiempo que mi fortuna, pues desde el momento en que se case con Cecilia será mi heredero universal.

Raoul Pérignon que era un muchacho rubio y de buena presencia, pareciase mucho al coronel, por más que fuesen más finos los rasgos de su fisonomía, y tuviese menos vivacidad de carácter. Habíase propuesto desde su infancia abrazar la carrera de las armas, siguiendo con esto el ejemplo de su abuelo y de su tio; pero su padre, agente de cambio muy en boga, se opuso decididamente á ello, y de esta misma opinión, por más que parezca extraño, participó también el coronel, que por aquel entonces era jefe de escuadrón. Declaró Pérignon à su sobrino que después de la desastrosa guerra que había postrado las fuerzas militares de la Francia, se hallaba condenada ésta á rehacerse de nuevo, en un período que no bajaria de veinte años por lo menos; que además, el servicio de las armas iba á ser más insoportable que nunca á causa de los naturales trastornos que ocasionaría la reorganización del ejército, y que por fin, obtendría los grados á paso de tortuga, pues siempre se tendría en cuenta que su abuelo había debido al imperio su condado. Debía pues, decidirse á seguir una carrera civil cualquiera.

No tuvo más remedio Raoul que inclinarse, aun-

que sin convicción alguna ante las resoluciones adoptadas por el autor de sus días y por su mismo tio, à quienes profesaba entrañable afecto. Acabado que hubo los estudios del bachillerato con notable brillantez, vaciló sobre la elección de la carrera que debiera seguir y por más que su padre trató de iniciarle en los secretos de las cuentas à plazo, val contado, decidió no llevar cuenta alguna ya que no había podido llevar la espada. Quiso ser pintor, escultor y Dios sabe cuántas cosas más, encontrando siempre una tenaz resistencia por parte de sus parientes, hasta que ya aburrido y casi furioso les declaró que desde el momento en que se oponían á todo cuanto él deseaba, no le quedaba va más que una sola vocación; la de no hacer nada. Así es, que á despecho de los ruegos de toda la familia, puso en ejecución su programa con tal ardimiento y tal decisión, que demostró bien á las claras de lo que hubiera sido capaz si le hubieran dejado la libre elección de carrera.

Hizose socio de un circulo, apostó en las carreras de caballos, no perdió una primera representación, se gastó alegremente el dinero con las mujeres más bonitas de Paris, y al cabo de dos años había ya contraido deudas por valor de ciento cincuenta mil francos, que su padre pagó religiosamente. Tan buen jinete como gran tirador, disputábansele para las partidas de caza y se distinguía en los asaltos públicos, midiendo su acero con los mejores tiradores de Francia. Ya una vez mayor de edad pusiéronle en posesión de la fortuna de su madre, que indudablemente hubiera disipado si no

hubiera sobrevenido un acontecimiento que le obligó á moderarse por todo el resto de sus días.

El estruendoso Krach, aquella famosisima bancarrota que tantas desdichas ocasionó, produjo la ruina de su padre de un modo tan completo, que para solventar los créditos pendientes se vió precisado Raoul á dar todo cuanto poseía. No vaciló un solo momento; entregó los valores que tenía en su poder para que se negociasen y extrañado al ver las lágrimas que vertiera su padre por el acto de abnegación de aquel hijo que tan tranquilamente se arruinaba por él, le dijo:

—¿Di, padre mio, no llevamos por ventura el mismo nombre? ¿Cuando yo era un jovencillo sin reflexión, no pagabas por mi las deudas que yo contraía en el círculo? ¿Y crees tú que yo podría pasar sin hacer otro tanto por tí, en el momento en que eres víctima de la canallada de tus clientes y que tienes que responder de las faltas que otros han cometido?...Toma, toma todo esto; véndelo y quedamos limpios de toda mancha y honrados como siempre.

Su padre le abrazó con efusión sin pronunciar la menor palabra, pero el coronel, que había llegado en aquel momento con objeto de ofrecer su fortuna, exclamó:

-¡Este tunante es realmente un ser extraordinario; un Pérignon y de los buenos! ¡Ah! ¡si el general hubiera podido contemplarle qué contento no estarial Decididamente hemos sido unos imbéciles al oponernos á que fuese soldado: tiene, tiene carácter, y en el ejército, eso es todo. Encontrar

individuos que se hagan agujerear la piel por un quitame allá esas pajas, se encuentran á carretadas y á cada paso, pero mocitos como éste, que no dudan, que no vacilan un solo momento en sacrificar todo cuanto son y cuanto valen en cualquiera situación que sea, son el rara avis de la sociedad moderna y llevan en sí el germen de que se componen los grandes generales. Pero en fin, no se dirá nunca que este muchacho se ha despojado por completo de todo cuanto tenía, y que yo, el jefe de la familia, he guardado tranquilamente mi dinero... Desde hoy tendrá una pensión anual de doce mil francos.

Raoul dió afectuosamente las gracias á su tio, pero aseguró que abrigando el decidido propósito de trabajar hasta conquistarse una posición, no le era posible aceptar la oferta que se le hacía. Viviría con su padre y en ello tendría una inmensa satisfacción.

No siendo posible discutir las resoluciones de un hombre que se despoja voluntariamente de un capital de dos millones y que rechaza además una renta de doce mil francos, accedieron á que entrase en la Escuela central, de la que salió teniendo ya veinticuatro años, dando después pruebas de gran capacidad al lado de Cendrin, á cuyo lado sirvió como secretario, y augurándole todos un hermoso porvenir. Mas no por haberse dado al estudio había renunciado á los placeres; continuaba asistiendo á las primeras representaciones y á los asaltos de esgrima y hacía también periódicas apariciones en el Círculo, cautivando á todos por su

decisión y buen humor. En cuanto á su padre, habia seguido ocupándose de negocios, pero profundamente herido por la catástrofe, causa de su ruina, murió dos años después de consumada aquélla. Quedó pues Raoul solo y sin más compañía que la de su tio el coronel, y aunque no rico, en posición bastante desahogada para permitirle trabajar por gusto, tanto por lo menos como antes se habia divertido por no tener que hacer otra cosa.

Acababa de salir del hotel de la avenida de la Bourdonnais, donde había permanecido dos horas haciendo experimentos químicos en compañía de Cendrin y encontró al llegar á su casa una esquela del coronel invitándole á comer en el Círculo. Vistióse y se encaminó en seguida hacia aquel centro de recreo, llegando en punto de las siete y penetrando en el gran salón, en el cual se hallaba Pérignon sentado en un ancho canapé y aturdiendo á los oyentes con su voz de trueno:

—¡Una buena ley de cuadros es lo que aquí hace falta! Y, vean ustedes, es precisamente la única de que no se ocupa esta Cámara de diputados que hoy tenemos. En cambio votan miles de tonterías y se pasan la vida charlando sobre el proteccionismo y el libre cambio... ¿Y qué es eso, vamos á ver? Pues nada, majaderías y no más que majaderías. ¡Buenos cuadros de tropas que constituyan un buen ejéreito y entonces podrá dormir Francia á pierna suelta!

-Eso está muy bien, dijo Raoul llegando hasta el centro del salón.

-¿Ola, estás ahí?

- Ya lo ve usted; con puntualidad militar. Buenas noches mi general, añadió después saludando con deferencia á los dos veteranos que se hallaban en compañía de su tío.

Uno de ellos, con el cabello completamente blanco y ornada su frente por honrosa y ancha cicatriz, se aprestaba ya á tomar su sombrero.

-¡No come usted esta noche en el Circulo, Saint-Regent? preguntó el coronel.

-No señor, contestó el viejo general con cierta sonrisa alegre y fanfarrona, esta noche como en una casa particular.

Al propio tiempo que salía presentóse en el salón el jefe de comedor, diciendo:

- -Los señores están servidos.
- -Vamos à comer.

Y Pérignon cogiendo à su sobrino por el brazo dirigióse al comedor. Después de la sopa, pidió el coronel una excelente botella de Mouton-Rothschild, y dijo mirando à Raoul con aire satisfecho:

- -Vamos á ver vizconde, ¿cuántos años, tienes?
- -Tengo ya veintiséis años, querido tio.
- -Y no estas muy estropeadillo: te conservas bien; pero en fin, ya es llegada la hora de que seas un hombre formal en toda la extensión de la palabra... ¿Dime, tienes repugnancia al matrimonio?

—No en verdad; todo depende de las cualidades de la futura.

-¿Cualidades? Nada, una friolera; diecisiete años apenas, un verdadero capullito, un corazón sensible y delicado, y por último, dueña de una bonita fortuna. —¡Diablol ¡Ahi es nada!

-Pues no exagero.

-Entonces querido tío, corramos en su busca. ¿Dónde se halla?

—Concluyamos antes de comer, y oye bien lo que voy à decirte. Toda medalla por preciosa y brillante que sea, tiene su reverso, ¿no es cierto? Pues bien, en el caso presente, el reverso de la medalla, es la madre.

—¡Ah! Vamos; existe de por medio una madre de dudosa conducta.

-Si, hay una madre y un padre que, por motivos que te daré à conocer en seguida han decidido separarse una vez verificado el enlace de su hija, pero que hasta entonces, permanecerán unidos en apariencia. La fortuna pertenece al padre, el cual tiene además la razón y el derecho por su parte; todo hace por lo tanto creer que la chica se inclinará de ese lado, cuando llegue el momento oportuno. La madre, ya que es preciso decirlo todo, ha cometido una grave falta, que el marido ha llegado á conocer, y aunque no la perdonará nunca, ha cerrado los ojos con objeto de evitar un escandalo que á buen seguro hubiera perjudicado á su hija. Esa es en pocas palabras la situación, y si te decides à arrostrarla, te diré el nombre de los personajes; de otra suerte, haré como que no he dicho nada y seguiremos comiendo tranquilamente. A tu salud, muchachol

-A la de usted, querido tio.

—¡Valiente vino, sobre todo, cuando ya es entradito en años! -¡El del 74 es excelente!

—Con que, vamos à ver. ¿Qué piensas de todo lo que acabo de ensartar respecto de ese matrimonio?

-Pienso muchas cosas. En primer lugar, le diré à usted que sé perfectamente de quien se trata.

-¡Quiá!

—¡Que nó? Como si fuera una cosa del otro jueves, adivinar que se trata de Cecilia Herbelin, que por cierto le inspira á usted el más vivo interés... Hasta he llegado á preguntarme alguna que otra vez, si no tendría usted fundada razón para ello.

Al oir estas palabras el rostro de Pérignon enrojeció por completo, y bajó un instante los ojos, pero reponiéndose en breve, exclamó con energía:

-¡No, eso no; lo aseguro bajo mi palabra de honor!

—Sin embargo, no me negará usted que ha rondado de lo lindo en torno de la madre en cuestión.

—Si... pero, era ya en una época mucho más avanzada para que puedas suponer... Después de todo, aquello no fué nada; simples coqueterías no más... ¡Cómo quieres que yo fuera capaz de... con Herbelin, con un amigol...

-¡Como si no fuera siempre un amigo el que hace esas cosas! Pero en fin, yo no puedo dudar de la palabra de usted. Demos pues por sentado desde luego, que es tan solo teniendo en cuenta mi interés, por lo que usted ha preparado ese casamiento. ¡Lo aprueba el padre?

-Con verdadero placer.

-Está bien. Debo dar por ello las gracias al señor Herbelin, que á más de ser un cumplido caballero, es á la vez un industrial de primer orden.

-Y añade á eso que es amigo mio hace la frio-

lera de treinta y cinco años.

—Ya me lo ha dicho usted, cuando hemos hablado de su señora. En lo que respecta á Cecilia, la conozco desde que vino al mundo y sé que tiene un corazón de oro.

-Es una chica muy bonita.

—Y sobre todo, un espiritu recto y verdaderamente honrado, lo cual es muy de apreciar en los tiempos que corremos.

-Tendrá un dote de ochocientos mil francos...

-Es un dote decente.

-Y yo, te daré además treinta mil francos de renta, que te aseguraré por un contrato hecho ante escribano, hasta tanto que heredes todo cuanto poseo.

—¡Hágame usted el favor de no hablarme de semejante herencial Está usted tan tieso y tan fuerte como la torre Eiffel, y espero que mis hijos serán quien la hereden, y... ¡quién sabe!...

Es muy posible, dijo riendo el coronel. Pero sea como quiera conste que puedes disponer de mi fortuna en época indeterminada... Va sabes que tengo cien mil francos de renta y mi propiedad de Clermont...

-¿Cuánto gasta usted?

-¿Y á tí, que te importa?

-Es para saber...

-Pues entre cuarenta y cuarenta y cinco...

- -Y asi y todo, fuerza usted la mano un poquito.
- -En cuanto á eso, no; es mi cifra razonable...
 Antes gastaba de setenta á setenta y cinco...
 - -¡Claro, las señoras!
- —¡Dinero á las mujeres, nunca! exclamó con viveza el coronel. Siempre me han querido por mí mismo.
 - -Lo cual resulta siempre más caro.
- -Pero se sabe en cambio, que no se nos quiere por el interés.
- —Bueno, vamos al caso. Hace usted cada and cincuenta y cinco mil francos de economia... Así pues, una vez deducción hecha de la renta que se digna usted concederme, no le quedarán más que treinta y cinco ó cuarenta... Y si vive usted todavia una treintena de años, lo que es necesario suponer como mínimum, habrá usted doblado su fortuna... Decididamente, es usted uno de los mejores tios á quienes se pueda heredar.

-|Ya te lo decia yol

Terminaron los postres, y el coronel pidió café y un excelente habano, comenzando á hacer la digestión en medio de un estado físico completamente delicioso.

-¿Me quieres decir ahora qué consecuencia sacas de todo cuanto te he explicado?

—Pues, no saco otra que la de parecerme muy bien, á más del placer que tendría en darle á usted gusto. Pero no echemos en olvido, que para casarse, hace siempre falta unir dos voluntades: nos precisa por lo tanto saber qué es lo que piensa Cecilia de todo esto.

- —¡Contentisima, hombre, contentísima de unir su suerte con un muchacho al cual se conoce desde la infancia!
- —¡Quién sabel Á veces no es bueno conocerse tanto, pues si bien es cierto que asegura la amistad, no lo es menos, que dificulta el amor.
- -Mira, chico; si no llega á amarte, será porque tú no quieras. ¡Un hombre de tus prendas!...
 - -Si, su retrato de usted en pequeño.
- —¡Dispensa hijo, he valido más que túl... Pero en fin, cuando sepa Cecilia que su padre consiente en esa boda, verás como yano temira como se mira á un símple camarada y sí como á su prometido. De todos modos, será preciso que abandones París, si te decides á hacer la corte á esa chica.
 - -Eso no me asusta.
- —Irás á la Neuville, á la fábrica, y allí podrás ocuparte en experimentos químicos en compañía del padre de tu novia... Ya verás como no te aburres; hay también en Saint-Sauveur un coto de caza bastante agradable, y muy buena vecindad, sobre todo...
- -Si, y sobre todo, la del marqués de Condottier.

Tio y sobrino cambiaron entre si una maliciosa mirada.

- -No creo, dijo el coronel, que piense, ni por asomo en presentarse por aquellos contornos.
- —Diré à usted tío; eso depende de un capricho suyo del momento, respondió Raoul. El individuo ese, no morirá à buen seguro de un empacho de escrúpulo.